

LA NOVELA
CINEMATOGRAFICA

EL JOVEN MEDARDUS



Precio 20 cts.

CURTIZ, Michael

El joven Medardus
(Der junge Medardus, 1923)

La Novela Cinematográfica

Segunda Epoca

Extraordinario

Número 3

El joven Medardus

Interpretada por

MICHAEL WARKONY



TORRES, 25 (G)
BARCELONA

La Novela Cinematográfica

Segunda Época Extraordinaria Número 2

El joven Medardus

MICHAEL WARKONY



I

El pueblo austriaco, mejor dicho los magnates del ejército austriaco no habían olvidado la seria derrota que les había inflingido el coloso de la guerra, el genio inmortal que con la fuerza de su talento y de sus bayonetas hizo respetar por todo el mundo los grados principios de la revolución francesa y creyendo oportuno el momento para el desquite se aprestaban para la lucha.

Los vianeses gobernados por un rey inconsciente y desconocedor de la valía de Bonaparte hacían los preparativos para la guerra. Los subditos de Francisco I, aprovechaban todas las oportunidades para poner de manifiesto su patriotismo y demostraban una gran simpatía por el ejército que creían que iba a borrar el baldón de 1805.

En Viena, desde la familia más humilde a la más

aristócrata rivalizaban en celo para acabar los preparativos. Las madres inducían a sus hijos para que se alistaran voluntariamente en el ejército de Francisco I.

En aquel entonces vivían en Viena dos familias que estaban también contagiados por el bélico ardor.

Nos referimos a la familia Clark y al tornero Berger.

La familia Clark, quedó reducida, en 1805, al morir en el campo de batalla, el jefe de la misma, defendiendo a la patria ultrajada, a la viuda Francisca Clark, a su hijo Medardus y a su hija Agata.

La pobre mujer al quedar viuda emprendió la tarea de enseñar a sus hijos en el santo temor de Dios y a ganarse la vida. Medardus se puso al frente de la pequeña librería que poseían.

Medardus se había enamorado de Ana, la hija de Berger, muchacha muy modesta, pero vistosilla, que no había aprendido a esgrimir la peligrosa arma de la coquetería. La joven desde el primer día aceptó el amor de su enamorado como una bendición de Dios.

Agata también amaba y era correspondida. Su amor era muy grande y muy peligroso. Amaba y era amada, nada menos que por Francisco de Valois el heredero de un pretendiente al trono de Francia.

El ejército austriaco estaba acabando el aporreamiento. Por la calle la muchedumbre prorrumpía en gritos entusiastas de «Viva Austria».

El entusiasmo cundía y Francisca Clark recordando que su patria se iba a enfrentar con el ejército que arrebató la vida de su amado esposo, lla-

mó a su hijo y dominada por la emoción, le dijo:

—Hijo mío, óyeme.

¿Qué quieres madre?

—No has olvidado a tu padre, ¿verdad?

Aqué obedece esta pregunta: ya sabes que ni puedo olvidarle a él, ni a los asesinos que le quitaron la vida.

Francisca Clark se acercó a su hijo y conmovida le besó, añadiendo:

—Gracias, hijo mío.

Calló momentáneamente la pobre mujer, para evitar que el llanto le privase de seguir la conversación.

Ya más serena continuó:

—Austria va en busca del desquite y yo antes que madre soy austriaca. Ya sabes lo que para mí tu significas. Eres el único varón de la familia, el sostén de la casa y el predilecto de mi corazón, pues bien, yo te digo: Austria te llama, venga a tu patria y a tu padre.

Su voz iba perdiendo energía; un matiz de tristeza le velaba y salía apagada de su garganta.

Francisco y Agata dominados por intensa emoción, callaban.

Francisco rompió el silencio:

—Madre—dijo, estrechándole la mano—; cumpliré con mi deber.

—Así lo espero. Tengo fe ciega en ti y sé que eres patriota.

—Me alistaré hoy mismo.

La pobre viuda, recordando su dolor sintió más vivo el odio que sentía al ejército de Napoleón y con energía y dignidad, le recomendó:

—Tú has de procurar poner en alto el nombre de Clark. Recuerda siempre cómo murió tu padre, el teniente Octavio Clark.

La mujer al fin es débil y no pudo vencer el llanto.

Su hijo le estrechó contra su pecho y lloró también.

Agata intervino en la conversación:

—Madre. Creo que es lástima que os entusiasmeis de este modo. Bonaparte es invencible, y creo muy difícil que sea Austria la que haya de acabar con su poder.

—¿Qué dices, desgraciada?...

—Napoleón es el genio de la guerra. Es el coloso ante quien tiemblan los reyes más poderosos del mundo.

Su hermano mirándola despectivamente, replicó:

—Ya esperaba de ti esta traición. Al final te vas a casar con un francés, con un mal...

—Calla, por Dios. Mi novio odia, como sabes, a Napoleón, pero conoce su positivo e inneable valor.

—Pues nosotros le venceremos aunque pese a los traidores.

La madre viendo el cariz que tomaba la conversación, puso fin a la misma, besándole a su hijo y rogándole que callara.



II

El duque de Valois vivía en Viena desterrado, esperando que llegara el momento de ver realizado su sueño de sentarse en el trono de Francia. Los años se le llevaron la vista, pero ni el tiempo ni los desengaños pudieron ahogar sus esperanzas.

Vivía el duque en un suntuoso castillo, con sus dos hijos, Francisco(el novio de Agata Clark) y Elena.

Los dos hermanos tenían un temperamento opuesto. Elena conservaba todas las tradiciones y todo el orgullo de la familia, en cambio su hermano, que es el que había de heredar el título de duque de Valois y había de defender sus derechos a la corona de Francia, era modesto y no tenía otra ambición que la de poderse casar con su amada.

Elena veía con desagrado la conducta de Francisco e íntimamente le consideraba como un traidor

a la causa de su padre, pero nada decía a éste para no amargarle más los días de su vejez.

Cuando Elena y el duque supieron que Napoleón se dirigía creyeron en una próxima realización de sus esperanzas.

Elena decía a su padre:

—Mientras Napoleón abandona a Francia, los nuestros trabajarán en la sombra y a la primera oportunidad se lanzarán los legitimistas a la calle.

—Yo creo que Dios nos ayuda—añadió el duque—. Napoleón sufrirá un descalabro y ante la derrota hasta los suyos se pondrán a nuestro lado.

Su hijo entraba en aquel momento y se atrevió a decir:

—No creo que nadie venza a Napoleón. Tiene mucho poder...

—¡Calla!—gritó su padre, no dejándole acabar la frase.

Cuando los dos hermanos estuvieron solos, Francisco, cariñosamente recomendó a Elena:

—No enciendas sus ilusiones. No ves que son completamente irrealizables.

—No lo creas, a pesar de tu desvío y de tu trición triunfaremos.

—No lo creas. Además yo no traiciono a nadie.

—Sí, Francisco. Si en vez de preocuparte de andar de amoríos, cumplieras con tu deber estarías mejor informado. El tiempo que gastas con esta mujer, hija de una pobre vendedora de libros, empléalo en cosas de provecho.

—Esta joven a que te refieres es la elegida de mi corazón y pienso casarme con ella.

—Te has vuelto loco!

—No.

—Todo un heredero del duque de Valois... Te compadezco.

Y sin decir ni una palabra más dejó a su hermano.

Francisco no concedió gran importancia al incidente y fué a ver a su novia.

Agata le esperaba, como todos los días, en el portalón del patio de su casa.

La joven le dió cuenta de que su hermano se había alistado.

Aquel día hablaron seriamente de su porvenir y Francisco, le insinuó que iba a pedir a su padre consentimiento para casarse.

Agata sintió una vaga inquietud.

—¿No se ofenderá?—preguntó temerosa.

—Creo que no. Mi padre es bueno.

—¿Y si se negara?

—Cumpliría con mi deber.

Agata tenía fe ciega en su novio y no insistió.

Aquel mismo día Francisco habló con su padre sobre el tema tan delicado.

—Padre—le dijo—estoy enamorado.

—Vamos. Me alegro. ¿Cómo no me habías dicho nada?

—No me atrevía.

—¿Y quién es ella?

—No la conocéis.

—¿Qué cosa más rara? ¿Qué princesa hay que yo no conozco?

—Padre, mi novia es muy humilde.

—¿Su nombre!

—Agata Clark, la hija de un librero.

Cuando el duque de Valois oyó la confesión de su hijo no pudo contener su indignación.

—Antes de verte casado con esta mujer prefiero mil veces tu muerte.

—Pero padre...

—No quiero oírte hablar jamás de este disparate. Prefiero verte muerto.

El duque de Valois llamó a un criado y salió del salón dejando a su hijo abatido por la tristeza.

En aquella misma hora los dos hermanos Clark, sostuvieron el siguiente diálogo:

—Agata, me voy a la guerra.

—¿Nos dejas? ¿Y tu novia qué dice?

—Mi novia no puede hacer otra cosa que conformarse; pero me voy triste pensando en ti.

—¿Por qué?

—¿Qué será de ti? Amas a un aristócrata que parece buen chico, pero su padre no transigirá y temo que te ocurra alguna desgracia.

—Puedes marcharte tranquilo. La deshonra no empañará nuestro apellido. Antes sabría morir.

Estas palabras fueron dichas con tanta energía y los ojos de Agata miraban tan serenos, que Francisco se alejó diciendo:

—Creo en ti y sé que puedo estar tranquilo.



III

Francisco de Valois, amargado por la contestación de su padre fué a casa de su novia a darle cuenta del Duque.

(Cuando se presentó en casa de su novia se disponían a cenar. Al verle quedaron todos extrañados. Francisco no acertaba a salir de la situación embarazosa en que estaba. Agata se atrevió a preguntarle:

—¿Has hablado con tu padre?

Sí. Precisamente por esto he venido. Le he pedido consentimiento para poderme casar contigo y me ha autorizado.

Estas palabras causaron una gran satisfacción en la familia Clark.

Francisco añadió:

—Mi padre pasará un día de éstos a pedir oficialmente la mano de Agata.

Medardus satisfecho por la agradable noticia brindó por la felicidad de la pareja, después de estrechar la mano de su futuro cuñado, con gran efusión.

Agata dominada por la emoción no se dió cuenta del engaño. Si se hubiese fijado en los ojos de su novio habría advertido enseguida la comedia que estaba haciendo.

Todos felicitaron a los novios.

Medardus después de cenar se despidió. Al día siguiente tenía que salir con su regimiento y con sus amigos celebraban una fiesta.

Ana Berger intentó que se quedara, pero todo fué inútil. Había empeñado su palabra y quiso hacer honor a la misma.

Francisco aprovechó el momento en que se despedía Medardus para decirle a Agata:

—Te he mentado.

La joven no entendió bien lo que quería decirle.

—Mi padre se opone resueltamente a que nos casemos.

—¿Entonces?...

—Hemos de renunciar para siempre a nuestros propósitos.

Agata, apenada, transida de dolor, no pudo evitar que sus lágrimas corrieran por su cara.

Su madre un poco asombrada, quiso saber por qué lloraba.

—No es nada, madre. Es la emoción y la alegría que tengo.

La viuda Clark no se fijó en el semblante de su hija ni en su voz. De lo contrario habría adivinado fácilmente la tragedia de su hija.

Francisco quiso explicar a Agata toda la conversación sostenida con su padre.

—Sería conveniente que habláramos un rato.

—¿Dónde?

—Vamos a dar un paseo.

—Bueno.

Agata solicitó de su madre el correspondiente permiso de su madre, que le fué concedido en el acto.

La infeliz pareja caminaba lentamente sin decir ni una palabra. Su dolor era tan intenso que no podía expresarse verbalmente.

Por fin, Agata, rompió el silencio:

—¿Qué te ha dicho?

—Es muy doloroso.

—Dímelo todo por amargo que sea.

—Cuando le dije que te amaba, quiso saber tu condición social y al saber la humildad de tu cuna no quiso saber nada más. Se puso furioso y me dijo que preferiría verme muerto antes que darme el consentimiento.

—¿Para qué vivir?...

—Tienes razón.

—Para vivir sin tu amor prefiero la muerte.

—Yo también.

Siguieron andando en dirección al río. El destino les empujaba fatalmente.

Inconscientemente llegaron a una altura. Debajo corría el río con impetuosidad. La corriente era violenta.

Agata miró apasionadamente a Francisco y le preguntó:

—¿Para qué vivir?

—Sin ti no quiero la vida—replicó él.

Sus manos se unieron fuertemente. Una fuerza misteriosa les unió en un beso cálido, prolongado... No era un beso de pasión, era de ternura...

Sin darse cuenta y sin decirse ni una palabra buscaron en la muerte el bálsamo consolador de sus desdichas.

El silencio de la noche fué interrumpido por el chapoteo de sus cuerpos al caer al río.

Medardus y sus amigos celebraban en las Bodegas del Avellano la despedida.

Un viejo alegraba a los jóvenes que estaban prestos a dar su vida por la patria con los sonos de su violín.

Medardus estaba encantado de la vida.

En un momento en que enmudecieron las cuerdas del viejo violín, levantó un jarro de cerveza, diciendo:

—Amigos míos, os convido a beber un vaso a la salud de mi hermana y de su novio Francisco de Valois. Hoy se han celebrado sus esponsales... ¡Bebamos a su salud!

Todos brindaron por la felicidad de los futuros cónyuges.

Mientras en la bodega del Avellano todo era alegría y diversión, los cadáveres de Francisco y de Agata, fuertemente unidos, iban siguiendo el curso de las aguas. Un hombre los vió flotar sobre las aguas del Danubio e inmediatamente fué a avisar a dos labradores, y entre los tres extrajeron los cuerpos de los desgraciados novios.



El joven Medardus

Dejaron los cadáveres en un cobertizo próximo, mientras iban a dar cuenta del hallazgo a las autoridades.

Uno de los labriegos fué a la Bodega y explicó el suceso al dueño de la misma.

—Para mí—añadió—se trata de un doble suicidio por engaños amorosos.

—¿Por qué lo dices?

—Sencillamente. Porque hemos encontrado dos cadáveres fuertemente abrazados.

Al tener noticia los que estaban en la Bodega acordaron ir al cobertizo para ver si reconocían a los muertos.

Los cadáveres estaban cubiertos con una lona.

Medardus levantó piadosamente la lona y aterrizado, exclamó:

—¡Dios mío... es ella!

Todos le miraron sin acertar a comprender lo que quería decir.

Medardus lloró amargamente. Sus amigos trataron de consolarle.

Uno le preguntó:

—¿Pero quién es?

—Mi hermana.

Entonces se explicaron su dolor y trataron de consolarle.

El joven pudo dominar sus lágrimas y habló de esta manera:

—Amigos. Ha muerto por amor. Ella y él se amaban locamente, pero el duque de Valois, antes que abatir su orgullo ha preferido que se suicidara, pero juro que me vengaré.

Llorando se abrazó al cuerpo inerte de su herma-

na y después de besar su frente con ternura y respeto, añadió:

—¡Agata!... La muerte ha privado tu vida, pero yo, tu hermano, sabré vengarte del ultraje que has recibido.

Se levantó dominando sus nervios. Extendió su brazo derecho y con voz enérgica juró:

—¡He de vengar tu muerte, Agata, te lo juro por mi padre!

IV

Las familias de los suicidas recibieron la noticia con el natural supor.

El duque de Valois y su hija, culpables principales de la desgracia, al dolor, añadieron el remordimiento.

Verificado el entierro, Elena de Valois quiso depositar flores en la tumba.

Cuando Elena fué al cementerio, estaba también allí el joven Medardus.

La hija del duque se arrodilló ante la tumba que contenía los cadáveres.

—Perdóname, hermano. Yo soy la responsable de tu desgracia.

Calló un momento y añadió:

—Tú también perdóname, pobre Agata. No suponía que os amarais tanto...

Y dejó caer un ramo de flores sobre su tumba.



El marqués de Valois

Ya se iba, cuando un hombre se le acercó caute-
losamente.

Era Medardus.

—¡Retirad las flores! Os lo ordeno.

Elena le miró fríamente.

—¿Y quién sois vos, para mandar a una prin-
cesa?

—Soy el hermano de Agata.

—Aunque así sea yo no he de obedecer vuestros
mandatos.

—Si no las retiráis a las buenas, os obligaré vio-
lentamente a ello.

Elena por miedo o por evitar una escena, cogió
las flores. Sólo quedó una rosa.

Medardus señalándola, dijo:

—Esta rosa al marchitarse, recordará el crimen
de una Valois.

El marqués de Valois, primo de la joven prince-
sa, oyó la ofensa y dirigiéndose a Medardus, le in-
crepó:

—Ofendéis a una mujer, porque está sola. Yo soy
su primo, el marqués de Valois y recojo la ofensa
en el terreno del honor, o que postrado a sus pies
le pidáis perdón.

—Estoy dispuesto a batirme.

—Antes de dos horas os espero, en las afueras de
la ciudad, junto a la casa de postas.

—Estaré dentro de dos horas.

En el Cementerio volvió a reinar la paz.

El desafío se llevó a cabo.

Los dos enemigos frente a frente, buscaban la esto-
cada decisiva.

El marqués se puso a la defensiva. Medardus ata-
caba con embro'lo.

La frialdad del marqués desconcertaba a Medar-
dus que atacaba con bríos, con nervio, buscando un
claro para colocar la espada, pero el otro se cubría
y esquivaba a la perfección.

Medardus perdió la guardia y el momento fué apro-
vechado por el rival, que pudo tirarse a fondo, hi-
riéndole gravemente.

El marqués saludó y se fué.

Cuando Elena vió llegar a su primo se figuró que
Medardus había muerto; cuando supo que solo esta-
ba herido se tranquilizó.



V

El duque de Valois llamó a su hija pocos días después del suicidio de Francisco, para decirle:

—Hija mía. Al morir tu hermano he quedado con una sola heredera, y para no defraudar las esperanzas de nuestros fieles, sería conveniente que te casaras, y opino que dada tu especial situación sería conveniente que te casaras con tu primo el marqués. Me consta que él está enamorado de ti y que te haría feliz. ¿Qué opinas Elena?...

—Mi opinión, es la vuestra. Mi primo os agrada y queréis que me case con él por conveniencias de partido, pues acepto vuestra voluntad.

Aquella misma tarde el marqués, convenientemente aleccionado por el duque, requería de amores a su prima, pero ésta no quiso precipitarse y se limitó a contestarle:

—Hoy no hemos de pensar ni en el amor, ni en

casarnos. Cuando nuestra causa triunfe, te juré que tú serás mi marido.

—¿Y si no triunfamos?...

—No puedes dudar de nuestra victoria final—replicó secamente la joven.



Creeme Francisco

Comprendió el marqués que era inútil insistir y calló.

Elena desvió la conversación:

—¿Cuándo sales para París?

Su primo la miró asombrado:

—En los actuales momentos creo que sería una verdadera temeridad.

—Sólo los temerarios triunfan en la vida.

—Pero considera que los esbirros de Napoleón saben que estoy aquí y si vuelvo a París antes de llegar habré ya caído en sus manos.

—Nada temas. Para la causa es necesario tu viaje. Yo no dudo que cumplirás con tu deber. ¿Cuándo partes?

—Estoy a tus órdenes.

—Bien. Así lo suponía.

La futura duquesa llamó a Laura, su doncella de confianza:

—Tengo para ti una misión delicada—le dijo.

—Mandad, señora.

—Ayer, como ya sabes, cayó herido el joven Medardus y es preciso que vayas a su casa y de mi parte, después de preguntar por su estado de salud, le entregarás esta rosa.

Laura cumplió el mandato a la perfección. Cuando fué a casa del herido fué recibido por su propia madre, que no sabiendo quién era Laura, la hizo pasar al cuarto del enfermo.

Disimuladamente, la doncella, después de preguntar al herido cómo estaba, le dijo:

—Tomad esta rosa, de parte de mi señora la duquesa.

—Gracias. Decidle que esta noche iré a su casa.

Cuando Laura regresó al Palacio y dió cuenta a su señorita de la entrevista, ésta asombrada, exclamó:

—¿Pero tú crees que vendrá?

—Seguramente.

—Este hombre me dá miedo.

Efectivamente, al llegar la noche Medardus, quiso dar una prueba de su valor, y requirió a su dependiente y amigo Etzel, para que le acompañara.

Medardus casi no podía andar.

Eltzel primero se negó rotundamente, pero ante la exigencia de su principal cedió:

—Bien, os acompañaré, aunque creo que es un crimen salir así de vuestra casa.

—El honor lo exige.

—¿El honor o el amor?

—Jamás podría yo amar a la asesina de mi hermana. He jurado vengarme y me vengaré.

—Así sea.

Medardus después de una penosa marcha llegó al palacio del duque.

Cuando Elena lo vió lanzó un grito de sorpresa.

Medardus haciendo un último esfuerzo saltó la verja del jardín.

El ruido atrajo a dos criados del duque.

La situación era comprometida.

Elena le salvó, llamando a los criados:

—¿Qué buscáis?

—Hemos oído ruido y...

—Habéis oído mal. Ya podéis retiraros.

Los criados obedecieron.

Inmediatamente Elena, dijo a su doncella:

—Escóndale.

—¿Dónde?

—En mis habitaciones, pero procura que nadie se dé cuenta de que está aquí.

Laura cumplimentó la orden recibida.

Medardus, a consecuencia del esfuerzo realizado, perdió el conocimiento. Al recuperarlo se encontró frente a Elena.

—¿Qué queréis de mí?—le preguntó, con débil voz.

Elena, como conocedora del intuio de la belleza y de la pose, se había hermoseado todo lo posible.

—Al saber que os habían herido por mi culpa, he tenido un gran dolor.

Medardus fascinado por el encanto de la sirena, dijo:

—Bendigo, señora, esta herida que me permite estar ahora a vuestro lado.

—¿Qué bueno soís!

Medardus vencido, subyugado por la hermosura de aquella mujer, fascinado por su simpatía y enamorado de su melosidad, olvidó en un momento todo su odio y sintió que su corazón estaba dominado por sentimiento para él nuevo y misterioso.

Por fin, Medardus, se atrevió a preguntarle:

—¿Por qué me habéis enviado la rosa?

—¿Para qué me lo preguntáis? Bien lo habéis adivinado al venir.

—¿Entonces... es... qué?

—Decid. Acabad la frase.

—¿Me amáis?

Elena sin contestar claramente, dió a entender que sí.

El joven Clark cogió las manos de la duquesa y las besó con fervor.

—Yo creí—dijo ella—que no besarías jamás estas manos «manchadas por el crimen».

—No me hagáis sufrir más. Os amo. Por vos daría mi vida.

Elena segura de la victoria se limitó a acariciar a su nueva víctima.

Quando la madre de Medardus se enteró de la aventura de su hijo, por su dependiente Etzel, tuvo un serio disgusto. Su novia lo sintió aún más, porque adivinó que lo había perdido para siempre.

VI

Las fuerzas del archiduque Luis y del general Hiller fueron batidas por Napoleón. El pueblo vianés cansado de la guerra no opuso gran resistencia.

El coloso de la guerra en atención a la actitud de los vianeses no bombardeó la ciudad.

Medardus fué de los pocos que se resistió con heroicidad.

El joven Clark sin su uniforme fué a ver a su amada, el mismo día en que el marqués de Valois fué a París para llevar a cabo la delicada misión que le encomendó su prima.

Medardus obcecado por la pasión que le dominaba no vaciló en ir primero a casa de «ella» que ir a ver a su madre.

La pobre madre al ver el desdoro de su hijo tuvo un gran desengaño.

Ana llorando la abrazó, diciéndole:



Elena sedujo al joven Medardus.

—Lo he perdido para siempre.

—Ten confianza. El volverá. Lo otro es un pasatiempo y nada más.

Y las dos mujeres fuertemente abrazadas lloraban, unidas por la misma pena.

VII

El mismo día en que Napoleón alcanzó un triunfo señalado sobre las huestes austriacas, llegó a Viena un correo directo de París con un pliego cerrado para Su Majestad.

Napoleón leyó detenidamente su contenido y entregándolo después a Rapp, le preguntó:

—¿Qué te parece?

—Yo me atrevería a aconsejaros Majestad que acabárais de una vez con estos conspiradores, que abusan de la impunidad que les da vuestra benevolencia.

—Pues yo seguiré otra táctica.

Bonaparte llamó a uno de sus ayudantes y le ordenó:

—Id al palacio del duque de Valois e invítadle para el gran baile que se celebrará mañana por la noche en el castillo.

Cuando entró el ayudante, el duque, al tener noticia de su misiva, le dijo:

—Bien venido seáis. Me honro en saludar a un buen francés.

El oficial repitió de nuevo la invitación del Emperador.

—Es muy amable—replicó Elena, con marcada ironía.

Al despedirse el ayudante de Napoleón, se acercó a la joven y casi al oído, le insinuó:

—Es muy amable. El Emperador os invita al baile aun sabiendo... Para él no hay secretos, y os trata como a un amigo.

Elena palideció. Comprendió que sus planes habían sido descubiertos.

Cuando la joven duquesa estuvo sola empezó a pensar en la valía de su enemigo.

—Luchando lealmente pensaba—no le podré vencer nunca. Es más astuto y tiene un poder invencible.

Una idea fatal y sanguinaria cruzó por su cerebro.

—Sí, lo hago asesinar.

Enseguida pensó seriamente en el asesinato. Desde luego resolvió enseguida que no había de ser ella la que expusiera su libertad y su vida, ¿quién pues?

La noticia de que Medardus deseaba verla le dio la solución al problema.

—El amor de este pobre desgraciado—dijo—me servirá de instrumento.

Cuando Laura anunció a Medardus le hizo pasar inmediatamente. Le recibió con fingido cariño, doliéndose amargamente de que no hubiera ido antes.

—No he podido—contestó él—. Para ti ha sido mi primera visita.

—Te lo agradezco. Pero no sabes con qué ansia te esperaba.

—¿Pero me amáis de veras?

—No seas tonto—por primera vez te tuteo—, si no te amara no te recibiría así.

—Es que dudo que sean sinceras tus palabras. Si me engañaras...

—Cállate tontín—dijo Elena, tapándole cariñosamente con la mano la boca.

Medardus cada vez más enamorado le habló de amor con verbo cálido.

Ella le escuchaba, fingiendo alegría, esperando la oportunidad para exigir del joven Medardus un sacrificio de amor.

—Te amo locamente, mi amor es inmenso—decía él con arrobo.

—Yo también te amo. Me enamoré de ti en aquel triste momento, y te aseguro que cuando supe que mi primo te había herido, sentí el primer dolor amoroso.

El le cogió las manos. Ella continuó:

—Hoy te amo tanto que me sería imposible separarme de ti.

A medida que hablaba se iba acercando a él, envolviéndole con su mirada prometedora de goces inefables. Le abrazaba enloquesiéndole con el perfume de su piel fina y caliente; blanca y suave.

Medardus enloquecido de amor se dejaba acariciar por aquella mujer vampiresca.

Por fin se atrevió a hablar para decir:

—Tengo miedo...

—¿Pero de qué? Si tú eres mi única ilusión. Yo tan ambiciosa renunciaría a mis derechos al trono de Francia por tu amor. Te amo Medardus, te lo juro, y créeme mi amor es inmenso.



Napoleón al frente de su estado mayor...

Al decir estas palabras se fué acercando al joven y sus alientos, como imán irresistible, les atrajo en un beso largo, pasional...

El en aquel beso puso toda su alma, ella toda su coquetería y toda su maldad.

—Es mío—pensó ella.

Aquel éxtasis de amor fué suspendido por un gemido lastimero de Elena.

—¿Qué te pasa—preguntó él.

—Nada—replicó Elena, con tono misterioso como si quisiera guardar un secreto.

—Dímelo. Yo sufro si tú no eres dichosa.

—Temo que me detengan. Y la idea de que pueda verme encarcelada me aterra.

—¿Qué has hecho?

—¿Yo?... Ser la hija del duque de Valois. Además, el Emperador sabe que conspiramos.

Calló un momento, luego siguió:

—Antes de que me detengan, llévame contigo—le dijo abrazándole como si realmente temiera. Sólo tú puedes evitar que me detengan y salvarme.

—¿Qué he de hacer?

—Ya que Napoleón se quiere deshacer de toda mi familia...

—¿Qué?

—Antes que él nos aniquile tú podrías, si realmente me amas...

—¿Qué he de hacer?... ¡Habla!

—Mátalo!

Al decirle ésto le abrazó de nuevo, besándolo en la boca y en los ojos. Este arrebato le fué perjudicial, pues, Medardus, creyó adivinar que era burlado.

—Una vez muerto Napoleón—añadió Elena—lo demás es fácil y tú podrás reinar conmigo. ¿Qué te parece?

Medardus calló.

—¿Lo matarás, verdad?

El joven vió claro el maligno plan de Elena. Se despidió de sus brazos.

—¿Quieres hundirme? ¿Quieres que mate... y dices que me amas—gritó furioso.

Elena procuró calmarle.

—Matar... Matar... Sí, matarás, pero será por mi amor, por el cariño de tu mujercita.

—¡Calla infame!—gritó de nuevo Medardus, apartándola con violencia.



La Viuda Clark y Ana Berge', novia de su hijo.

Al ver que la presa se le escapaba intentó agotar todos los procedimientos. Aquella mujer tan fría, tan calculadora se dejó dominar por su obcecación y suplicaba:

—Mátalo..., mátalo..., Medardus.

—¡Basta! He visto tu maldad.

Al quedar sola Elena prorrumpió en amargo llanto.

—Estoy sola. Tendré que matarlo yo misma.

En el palacio del Emperador se daba una gran fiesta. Toda la aristocracia vienesa acudió a rendir pleitesía al coloso de la guerra.

La princesa Elena, aceptando la amable invitación de Napoleón, asistió también a la fiesta.

El Emperador le trató muy bien y Elena, con fingido respeto, dijo:

—Estando al lado de Vuestra Majestad, recuerdo a mi patria adorada, a la que me está prohibido volver.

—Princesa, soy el primero en lamentarlo, pero aun podríais volver, si...

—Somos muy perseguidos.

—Ponéos dentro de la legalidad y dejaréis de serlo.

—Ya hablaré con mi padre.

—Pues, decidle de mi parte que le aprecio sinceramente.

El Emperador calló un momento, luego añadió:

—Supongo Princesa que ya sabréis que vuestro primo ha sido detenido.

Elena palideció.

—¿Cómo ha sido?—inquirió la Princesa.

—Ayer fué detenido.

—¿Dónde?

—En París... Estaba presidiendo una reunión de «legitimistas»—dijo con marcada ironía.

—¿Se defendieron?

—Algunos quisieron defenderle, pero al ver que era inútil, él mismo se entregó.

—¿Y qué le pasará?

—El Tribunal militar que le ha juzgado le ha condenado a muerte.

—No hay esperanza de...

—No.

—Ni indulto—se atrevió a insinuar Elena.

—No es posible, princesa. Las leyes de la guerra son muy duras.

Salió del castillo pensando vengar la muerte de su primo.

Ana Berger estaba cada día más enamorada de Medardus. El desengaño le costó una enfermedad.

La señora Clark deseaba vivamente que su hijo volviera a casa de su novia.

—¿Por qué no vas a verla?—le preguntaba, con insistencia.

—Ya iré, madre.

Pero nunca iba. Y es que Medardus seguía amando a Elena.

••

Napoleón después de firmar la paz con Austria fa-



El joven Medardus hundió el puñal entre los hombros de Elena.

cilitó la entrada del pueblo vienés a sus jardines. Elena quiso aprovechar esta oportunidad para vengarse y se fué al castillo. Medardus la vió de lejos y se ocultó. Al poner el pie en el primer peldaño de la escalinata, le salió al paso, gritando:

Hoy morirás, infame—dijo—, hundiendo un puñal entre sus hombros.

La princesa cayó sin dar un grito.

Dos oficiales la reconocieron y al desabrocharla el traje vieron un puñal y una carta, en la que declaraba que quería asesinar al Emperador.

Medardus y su madre fueron detenidos, pero al tener Napoleón noticia de que debía la vida al joven Medardus quiso verlo y fué a su celda. Su ayudante le dijo:

—El Emperador te perdona.

—No acepto el perdón de un enemigo de mi patria.

La madre de Medardus y Ana Berger, que en aquel momento había llegado, le suplicaron que reflexionara sus palabras.

—¿Nada significa para ti el cariño de los tuyos, le preguntó Napoleón?

—No quiero deber mi vida a nuestro opresor.

Tu vida no te pertenece. No la desprecies. Aun puedes ser feliz. Ama a tu madre y a tu novia y no tengas reparo, pues ya no soy enemigo de Austria. La guerra ha acabado y hemos firmado ya la paz.

Medardus ante Napoleón se sintió débil. Miró a su madre y a su novia... y cedió.

Para que Medardus quedara más tranquilo, añadió:

—Además, has salvado al mundo de una intrigante.

Gracias Majestad, por vuestra bondad—dijo llorando la viuda Clark,

Napoleón cumplida su misión se retiró y Medardus se abrazó a su madre, pidiéndole perdón.

—¿Y tú también me perdonas?—dijo dirigiéndose a Ana.

Ella le abrazó y la viuda Clark estrechó a sus dos hijos contra su pecho, besándoles en la frente.

FIN

NIÑOS

Vamos a publicar

Los Tres Mosqueteros

y

Veinte años después

en cuadernos de
10 céntimos, con
ilustraciones cine-
matográficas

Consultorio Jurídico

DEL

Dr. R. Esmandia Bayer

: : Especialidad en asuntos de quintas : :

Ronda Universidad, 11 — BARCELONA

